

# Manual de viento y esgrima

Dionicio Morales

AL LEER EL LIBRO *Manual de viento y esgrima*—Conaculta, 2007, colección *Práctica mortal*—, de Alfredo García Valdez, me remonté a que, por lo general, cuando se habla de la poesía mexicana casi siempre sale a relucir que el humor es un tema no muy presente en la obra de los poetas, no nada más contemporáneos, sino de todas las épocas. Y sí existe en cierta obra que podríamos considerar “popular”, es decir la que se musicaliza y canta y baila en las festividades de los pueblos; para no ir tan lejos, si nos remontamos a finales del siglo XIX y al siglo XX, podemos encontrar algunos indicios de su presencia. Por ejemplo, la encontramos en la obra de José Juan Tablada y en Carlos Pellicer, desde sus inicios, está latente en los momentos en que se contagia de la vanguardia de los años veinte y treinta.

No se puede dejar de lado la poesía de Margarito Ledesma, experto en la materia desde los puntos de vista de fondo y forma, clásico ya en estos menesteres, ni la de Renato Leduc con su modernidad y originalidades. Y sin seguir ningún orden puedo recordar también a Gabriel Zaid, Efraín Huerta, Eduardo Lizalde, Gerardo Deniz, entre otros, que aunque no todos hacen del humor su tema principal, lo tocan ya sea de carne y hueso o lo vislumbran tangencialmente en su obra, sin olvidar a Raúl Renán, o Héctor Carreto en sus recurrencias asiduas a los clásicos, entre ellos a Catulo.

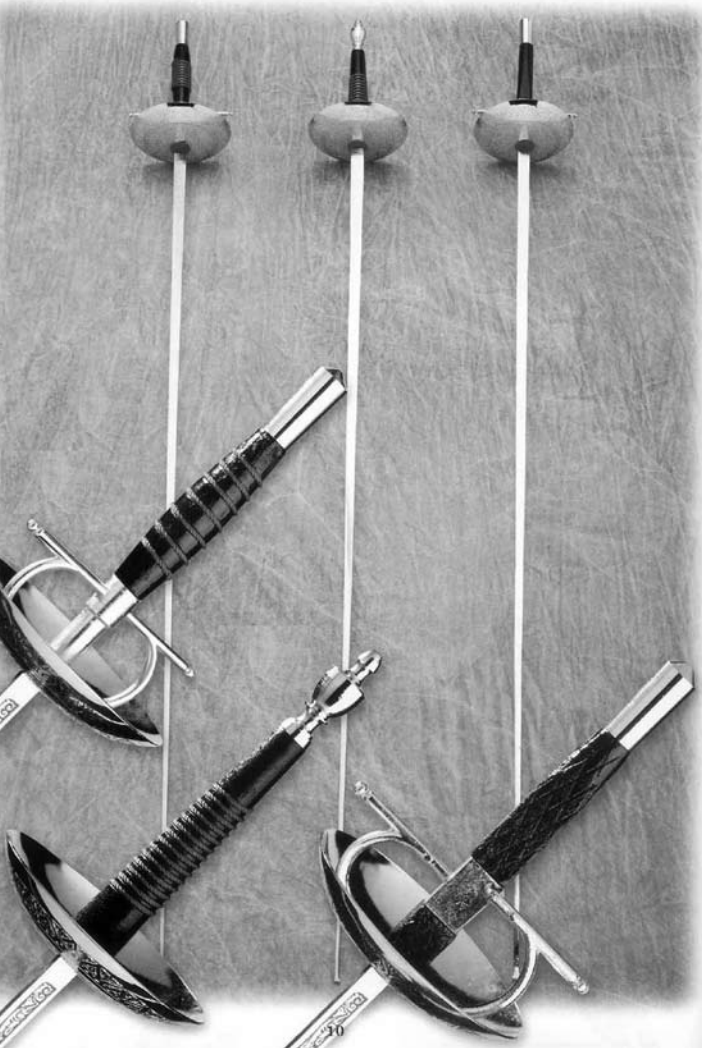
En *Manual de viento y esgrima*, Alfredo García Valdez que tanto le debe a José Juan Tablada y a Gerardo Deniz, sobre todo, empieza escribiendo sus poemas dentro de un alarde formal —antes que nada— quizá



para romper la considerada indestructible perfección de las formas y alivianar el peso que conlleva el clasicismo que durante años se ha venido arrastrando dentro de la poesía escrita en castellano; quizá para jugar con ellas; quizá para demostrar que el nombre de tal o cual forma poética puede no significar tanta relevancia causal; quizá para dejar testimonio poético de que las formas también se hicieron para violarlas e imprimirlas, si se puede, un sello personal que las haga más ligeras o menos rígidas. Podíamos decir que García Valdez especula con las formas y que yo especulo con la forma de las formas. Así vemos que en los nombres de los poemas en “Silva de amor nocturno” está parte del aparato clásico que pone en tela de juicio –digámoslo así– el poeta: villancico, epitafio, décimas, canción, oda, nocturno, soneto, pero que su expresión suena más moderna porque los cánones han sido violados, cambiados o sugeridos.

En la parte que da nombre al libro, “Manual de viento y esgrima”, Alfredo García Valdez configura algunos de los temas que aparecerán más adelante en su obra, sin abandonar el entusiasmo por las formas, ya que podemos leer sus rengas y descubrir su pasión por el amor y el placer hacia las mujeres, que es en donde mejor parpadea su sentido del humor, humor que es hijo de la experiencia, es cierto, pero que pinta dejos de abandono, de desolación, de partidas, de olvidos, de engaños, es decir de todos los intersticios de los sentidos que aporrean el alma cuando del amor y el placer se trata. Pero este distanciamiento después del consabido ayuntamiento, ni duda cabe, hace a García Valdez más sabio, como que los encuentros y desencuentros no han sido del todo inútiles. Aquí el poeta está cerca de Tablada con sus rengas, y cerca de Deniz en el poema “Proverbios de la mala mujer”.

En “La cámara de la memoria”, el poeta incursiona, después de jugar con las formas clásicas, en el poema en prosa, como “Novela 1”, “Tiempo” y “La vida está en otra parte”, e insiste también en los textos breves, pero en ambos materiales queda latente su sentido filosófico, epigramático, aunque él los textos breves los reúna de manera continuada, a veces sin asteriscos de por medio presentándolos como un solo poema como en “Novela 2”, “El inmortal” y “Política del espíritu”, que bien pueden tener –la tienen– cada




uno su vida independiente. También debemos resaltar su preocupación por descifrar lo que algunos llaman poética, tema al que él vuelve una y otra vez, quizá con el afán de darle cabida a sus cuestionamientos a la hora de la escritura, quizá con el deseo de explicarse más a sí mismo, para justificar –aunque creo que ésta no es la palabra correcta– el porqué de sus propuestas novedosas envueltas en el equilibrado entorno de su poesía.

En lo particular tengo que confesar que como lector, después de los relampagueos y acercamientos de su poesía hasta aquí mencionada, entro al mundo de la última parte del libro de Alfredo García Valdez, *Manual de viento y esgrima*, que se llama “Océano: tributo”, en sus dos divisiones, y es la que considero más completa, menos atrabilaria –esta palabra no debe sonar peyorativa–, más ambiciosa en sus expresiones de las que ya nos había dado muestra en sus poemas anteriores. Las ciudades, las calles, los bares, los personajes, las mujeres, el alcohol, las festividades, entre otros temas, afloran con una voz más personal, con una respiración más profunda a la hora de deletrear ese universo, con una decantada visión diurna y nocturna de los elementos que habitan cada uno de los poemas.

La mirada del poeta es una mirada impiedosa, nada condescendiente, sabia, y en el fino tejido del verso, en el concentrado devenir de las horas que se alargan, del tiempo que se eterniza, de la mirada escrutadora de los instantes claves en la configuración del poema, salen las historias, los cuentos, las anécdotas, que nada tienen de imaginarias o de inventadas; se les nota la carne y el hueso. Alfredo García Valdez a través de la palabra, de su palabra, las hace visibles ante los ojos de cualquier lector que se aleje, por un momento, de su mundo particular para descubrir otro y hacerlo suyo.

En esta parte del libro todo el sentido del humor, la corrosividad, el juego, las equivalencias formales sugeridas, el resplandor de una crítica que a ratos pudo llegar a ser feroz y que de pronto tocó el lado amable de la misoginia –desear y amar a todas las mujeres, o a varias, es amar o desear a ninguna, más vale hacer feliz a una que infelices a todas, eso es lo que creo yo que es la misoginia–, se desvanecen un poco, nada más un poco, pero en el sello escritural de los poemas de

esta parte del libro de Alfredo García Valdez, se notan las asimilaciones inteligentes, y cualquiera de los personajes o de los temas, esbozados en sus primeros libros, ensanchan sus particularidades en aras de la libertad creadora que se posesiona de sus poemas para hacerlos más atrayentes, debido quizá a su propuesta más madurada y mejor deletreada por el manejo formal del verso libre que, en apariencia, se aleja de sus orígenes clásicos.

En esta parte del libro *Manual de viento y esgrima*, de Alfredo García Valdez, nos damos cuenta de que el autor es un poeta que ha tocado ciertos excesos expresivos para redondear sus versos, sus poemas, su poesía. Los sentidos filosóficos así como sus propuestas epigramáticas, o de versos breves, que tanto pulimento dentro del sentimiento y la razón le dieron a su escritura, al parecer, han quedado atrás; ya es otra la música que preside sus poemas, es como si se abandonara la música de cámara por una sinfonía. 

Alfredo García Valdez  
*Manual de viento y esgrima*  
Colección Práctica mortal  
México, Conaculta  
2007, 237 pp.

